

Las intervenciones anteriores han sido muy útiles para obtener un marco arqueológico e histórico referencial, que básicamente se ha referido a la Protohistoria. A través de ellas hemos podido ver cómo sobre esta zona de la Beturia, tanto la celtica como la túrdula, han venido recubriendo hitos de varios tipos, más claramente patetizados en la segunda mitad del I milenio a.C., desde los orientales a los griegos, desde los púnicos a los celtas. Se han citado yacimientos y paralelos, especialmente en el área de la Mareta castellana, en Andalucía y en Portugal, que han venido a dar algunas claves de la emigración antigua de estos dos pueblos que nos ocupan: los celtas (o "célticos", para hablar con propiedad pliniana), desde el valle del Ebro a la zona al S. del Tago, hasta su salto al Este del Guadiana, con algunas otras núcleos en Andalucía; los túrdulos seguramente desde la más penitizada zona meridional.

8. LA BETURIA CÉLTICA: INTRODUCCIÓN A SU EPIGRAFÍA

Alicia M^a Canto

Por no pensar en buscar más paralelos, como muestra del "arte celta", en el espacio de la Beturia, me he limitado a traerlos en el espacio de la Península, como ejemplo de un tipo de objeto que, por su gran movilidad, por sus creencias religiosas, y por su exótica movilidad, parecen haber sido una de las relaciones de esta zona hispana y autónoma con sus ancestros europeos. Por otro, los cerros votivos, de los que la zona de Mérida dio un bello ejemplo, están en el Museo de Saint Germain, cuyos paralelos, con estructuras de plataforma y una o varias figuras, están también en Carlsruhe, en Baden Württemberg (Ebdlingen - Hochdorf, segunda mitad del VII y hasta en Dinamarca. La hermosa placa del casco de La Mérida, con sus cabezas cortadas, aunque en oro, sirve perfectamente para el mismo propósito, recordando placas de bronce raras como el principesco n.º 1 de Weidöschan, en los comedios del siglo V al IV a.C. Aunque no son éstos la época ni los temas en que está moviéndose, no han dejado de llamar mi atención los viejos precedentes de la migración y los asentamientos de época romana, que son los que debo analizar.

Después de algunas interesantes apreciaciones, como dije, siga he quedado en evidencia para todos, la Beturia es una zona en sordos de la Arqueología peninsular, en conjunto e históricamente muy poco

Las intervenciones anteriores han sido muy útiles para obtener un marco arqueológico e histórico referencial, que básicamente se ha referido a la Protohistoria. A través de ellas hemos podido ver cómo sobre esta zona de la Beturia, tanto la céltica como la túrdula, han venido recayendo influjos de varios tipos, más claramente percibidos en la segunda mitad del I milenio a.C., desde los orientales a los griegos, desde los púnicos a los celtas. Se han citado yacimientos y paralelos, especialmente en el área de la Meseta castellana, en Andalucía y en Portugal, que han venido a dar algunas claves de la emigración antigua de estos dos pueblos que nos ocupan: los celtas (o "célticos", para hablar con propiedad pliniana), desde el valle del Ebro a la zona al S. del Tajo, hasta su salto al Este del Guadiana, con algunos otros núcleos en Andalucía; los túrdulos seguramente desde la más punicizada zona meridional.

Por mi parte, me parecen muy llamativos, como muestra del "signo celta", dos aspectos de la arqueología de este área: Por un lado, la tradición de las estelas fúnebres, desde la lejana (en el tiempo y en el espacio), francesa de Rodez, hasta las sorianas de Villar de Ala o de la Peña de Los Plantíos (ambas en el Museo de Soria), como ejemplos de un tipo de objeto que, por su relación con las creencias fúnebres, y por su escasa movilidad, parecen llevar aún más atrás las relaciones de esta zona lusitana y extremeña con sus ancestros europeos. Por otro, los carros votivos, de los que la zona de Mérida dio un bello ejemplar, ahora en el Museo de Saint Germain, cuyos paralelos, con estructura de plataforma y una o varias figuras, están también en Centroeuropa, en Baden Würtemberg (Eberdingen - Hochdorf, segunda mitad del VI) y hasta en Dinamarca. La hermosa placa del castro de La Martela, con sus cabezas cortadas, aunque en oro, sirve perfectamente para el mismo propósito, recordando placas de túmulos renanos como el principesco nº 1 de Weiskirchen, en los comedios del siglo V al IV a.C. Aunque no son éstos la época ni los temas en que suelo moverme, no han dejado de llamar mi atención los viejos precedentes de la emigración y los asentamientos de época romana, que son los que debo analizar.

Después de algunas interesantes aportaciones, como digo, algo ha quedado en evidencia para todos: la Beturia es una zona en sombra de la Arqueología peninsular, en conjunto e históricamente muy poco

trabajada, especialmente en lo que se refiere a los núcleos romanos. Sólo en los últimos años los pre- y protohistoriadores españoles (Almagro, Enríquez, Rodríguez Díaz, Lorrio o Berrocal, con varios de los cuales hemos contado en estas Jornadas) y portugueses (Mella Beirão, Júdice Gámito, Pinto Correia y algún otro), se han comenzado a ocupar del área, pero centrándose sobre todo en las fases de Hierro I y II, bien excavando, bien estudiando los materiales. De todas formas, estos trabajos, que datan de los últimos seis o siete años, no han tenido aún el debido eco en la literatura. No hay más que ver que en una última y extensa monografía, la *Iberia Celtica* de M. Lenerz de Wilde (Stuttgart 1991), no hay catalogada ni una sola pieza de la Beturia, ni aparece en ninguno de los mapas de dispersión del material céltico peninsular, a partir de la legendaria monografía de W. Schüle, a pesar de que es una comarca que las propias fuentes textuales greco-romanas definen como "céltica". Ya sabemos de la dificultad para nuestra bibliografía de traspasar nuestras fronteras, pero resulta muy significativo de la situación.

Tampoco en la ambiciosa síntesis de Claude Domergue sobre la minería española, publicada en Roma en 1990, se anota en nuestra área más que una sola mina de hierro, cuando hay muchísimas y, para mí, ya desde hace años, es el o uno de los elementos claves para explicar la presencia aquí de los pueblos celtíberos, ahora redenominados célticos. Pero en esto entraré más tarde.

Para la época romana sólo puede señalarse el caso de excavaciones en el solar antiguo de *Nertobriga* (cerca de Fregenal de la Sierra), algunas *villae*, como la de Jerez de los Caballeros, los estratos romanos en otras excavaciones, como el caso de la ermita de Belén de Zafra o del castrejón de Capote, y poco más. Por otra parte, los estudios escritos sobre la Baeturia casi brillan por su ausencia. Hay que remontarse, para la época más antigua, a los capítulos correspondientes a las inscripciones de Zafra y su entorno por Rodrigo Caro (*Adiciones al Principado y Antigüedad de Sevilla*, edición del msc. de Sevilla, 1932, p. 45 y 47, que son anexos a los capítulos 66 y 70 del libro 3 de su *Antigüedad y Principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorografía de su convento jurídico*, Sevilla 1634), y, poco después, al manuscrito del Padre Ortiz de Tovar, del

siglo XVII, con el tan típico de su época título de *Partidos Triunfantes de la Beturia Túrduła* (que, a pesar de su enunciado, engloba muchos más, con desgraciadamente pocos datos útiles para la Historia Antigua).

Luego hay otro vacío de más de un siglo, hasta la curiosa obra de Pelayo Quintero, *La Beturia vindicada*, un trabajo muy aceptable para su momento, aunque lleno aún de problemas obvios, y que publicó en Sevilla en 1794. Ni siquiera en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* pudo Emil Hübner agrupar los epígrafes betúricos, por el método usado en la colección y por una importante dificultad: la de casar a las ciudades modernas con sus nombres antiguos. Respectivamente cien y treinta años más tarde, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, entre 1890 y 1918, quedaron sin aprovechar varios artículos del Padre Fita, del Marqués de Monsalud o de Matías R. Martínez, que desgranaron poco a poco muchos tesoros epigráficos extremeños, sin que nadie recogiera la cosecha.

En nuestra época hay que recordar el lejano y espléndido artículo de L. García Iglesias, que cuenta ya, aunque a su autor le parezca mentira, con 23 años de antigüedad, desde que vio la luz en *Archivo Español de Arqueología*, en 1971. Aunque se centró más especialmente en las fuentes textuales, fue toda una llamada de atención, y ha sido en estos años, y aún hoy, un artículo muy citado. Aunque lo complementó con otros sobre las fronteras del Guadiana, luego sus intereses científicos le llevaron por otros derroteros, y la *Beturia*, como unidad investigable, siguió esperando en la sombra.

Las citas de la Beturia son además infrecuentes en los trabajos de investigación, y casi siempre dentro de un marco más general. De dos o tres años a esta parte, se están fichando sus inscripciones para la nueva reedición del CIL II, pero sin que, como comarca histórica y arqueológica, se hayan hecho con estos materiales, estudios monográficos en torno a ella. Yo misma he publicado recientemente dos pequeños avances de los estudios y prospecciones que comencé, los unos en 1986, a mi vuelta de Alemania, y las otras en 1992, acuciada ya por la curiosidad de ver y de palpar lo que la bibliografía no me podía transmitir (*CuPAUAM* 18, 1991 y *Anas* 4-5, 1991-

1992). Me debo acusar, sin embargo, de haberme dejado avasallar, en estos siete años, por otras actividades y premuras, hasta poder ir dando forma escrita y visual a los estudios empezados.

Esta lamentable situación de desconocimiento ha tenido, para mí, inconvenientes y ventajas. Por una parte, no he podido contar con la ayuda bibliográfica previa en muchos temas y aspectos, con lo que el trabajo ha sido sin duda más fatigoso. Por otra, la ventaja de poder disfrutar mucho más de las novedades, de las hipótesis, o del hallazgo de sus pruebas. Bastantes de los epígrafes que voy a comentar (cuyo catálogo, lo avanzo ya, alcanza nada menos que los 179 números) los he redescubierto después de casi 100 años de su primera, y a veces única, publicación, varios de ellos además con urgencia de modificaciones de lectura, como el magnífico epitafio del senador y flaminial *Varinius*, expuesto desde tiempo inmemorial en la pared de la parroquia de Los Santos de Maimona, pero cuyo aspecto real no me fue posible conocer hasta ir a verlo, con la sorpresa de que, ni era *pietissimus vir*, ni se llamaba *Fidus*. O el *stemma*, que he podido reconstruir, de cuatro generaciones de los Helvios de Burguillos, la que creo *Seguida Restituta Iulia*, una de cuyas lápidas, en la céntrica Plaza del Llano, quizá porque está alta, ha permanecido sin lectura correcta nada menos que desde 1634.

Precisamente Burguillos del Cerro ha sido una de mis mayores satisfacciones: Desde los estudios de M. R. Martínez, en 1897, nadie ha vuelto a interesarse científicamente por sus múltiples yacimientos, sus espléndidas inscripciones o los restos que, en todas partes, están proclamando que se trata de una importante ciudad romana.

Para acabar de dar esta pincelada inicial y resumir la situación, de las siete ciudades que Plinio el Viejo cita en su conocidísimo párrafo (3, 1, 13-14) como pertenecientes a la Beturia de los Célticos, sólo una, *Nertobriga*, estaba situada con toda certeza, cerca de Fregenal, y otra, *Seria*, aún con algunas discrepancias, en Jerez de los Caballeros, ambas en el actual SO. de Badajoz. Las otras cinco ciudades han venido siendo habitualmente bailadas, bien en la misma zona, como *Ugultunia*, que ha viajado desde Medina de las Torres a Fuente de Cantos y desde Zafra a Monesterio, según los autores; o bien fuera de

ella, como *Segida*, que ha sido situada durante siglos en Zafra, en los últimos 24 años en Cala de Huelva, y últimamente ha sido llevada a Gerena de Sevilla.

O como *Lacimurga*, aislada durante siglos de sus hermanas, allá en la lejana Orellana del Guadiana alto (donde aún la siguen poniendo algunos colegas franceses, a pesar de mi publicación sobre el territorio de Mérida, (Gerión 7, 1989), donde adelantaba ya las razones de situar allí a su homónima vetona (últimamente insisten, en *Rev. Arq.* octubre de 1993). Tal destino han corrido también *Siarum Fortunale* y *Callet Aeneanicorum*, que todos los autores han trasladado siempre, y tranquilamente, hasta el Sur del Guadalquivir, al punto de servir la *Siarum* extremeña como patria habitual, desde 1984, para la celeberrima *tabula Siarensis*. Por descontado que todas estas variables ubicaciones han sido precedidas, por lo regular, de las ya habituales descalificaciones de la obra de Plinio el Viejo. Que olvidan, entre otras cosas, su condición de miembro de la cancillería imperial y colaborador habitual de Vespasiano. En el último estudio a su respecto (1989, y se entenderá que omite al pecador), se ha llegado a decir que la suya de Hispania es "una *descriptio voluntariamente* alejada de la realidad contemporánea...". Creo que uno de los resultados que más me ha satisfecho, de estas *Baeturica opera* cuyas primicias públicas voy a ofrecer aquí, es la localización, bastante elaborada, de las siete ciudades, todas ellas efectivamente ubicadas donde debían estar, si bien a veces en sitios sorprendentes. Pero esto me da pie ya para entrar "en harina". Parece que lo primero es decir qué entiendo por *Beturia Celticorum*.

I. El concepto de *Baeturia*.

No he encontrado reflexiones lingüísticas sobre muchos de los topónimos que aquí se nos presentan y, para empezar, sobre el propio nombre de *Baeturia*. Creo por mi parte que debe entenderse desde el griego y, como tal, descomponerlo en Βαιτ - y ορια (no en balde en griego hay las dos acepciones para *opos*). Desde esta traducción, la comarca vendría a ser como "los límites" o "las montañas del Baetis". Y, efectivamente, vistas desde el valle del Guadalquivir (que era desde donde los viajeros griegos solían verlo todo), la *Bait-ouria* era la

comarca montañosa, el límite al NO. del rico valle del río, más desconocido para ellos, donde no vivían turdetanos, sino célticos, y donde la principal actividad no eran el olivo ni la vid mediterráneos.

Y, en efecto, cuando se deja Sevilla y se enfila la carretera hacia Mérida, no muy lejos comienza la subida, que se prolonga un largo trecho, hasta el actual Monesterio -la *Curiga* antigua-, donde propongo se culminaba el *iugum Baeticum*, junto al alto Pico de Tentudía, y se accedía a una zona más alta y accidentada, entre los 500 y 700 m. de altitud, distinta en el paisaje, la lengua, la población y la economía (fig. 1) de la del Bajo Guadalquivir.

La definición de la Beturia, étnica, histórica y administrativamente, se debe especialmente a Plinio, en el párrafo tantas veces citado (III, 1, 13-14), con ayuda de algún comentario de Estrabón. Se llamaba así a todo el país entre el *Baetis* y el *Anas*, que corre más paralelo a este último; fronteriza en su mitad oeste con Lusitania, y en su mitad este con la Citerior. La primera, habitada por *Celtici*, pertenecía al convento jurídico de *Hispalis*, y la segunda, por *Turduli*, al de *Corduba*. Entre las dos listas de sus ciudades, siete en cada caso (las célticas privilegiadas en su estatuto, con relucientes epítetos cesarianos, y las segundas simplemente *non ignobilia*), hay una tercera lista, que, según creo, lo que ofrece son algunas ciudades situadas en el resto "de la Bética", no "de la Céltica" (mediante una propuesta de corrección textual, *praeter haec in <Bae>tica...*, cf. CUPAVAM 20, en prensa), pero que también son célticas en su origen. Así sugiero resolver un párrafo que, por cierto, ha hecho correr durante décadas ríos de tinta bibliográfica. De aquí sale la conclusión (lo que llamo *vindicatio pliniana*), de que, cuando no entendemos cosas de Plinio; normalmente se debe a nuestra falta de información y no a su falta de precisión...

Pero para explicarse qué es la Beturia, no hay más que entrar por Monesterio y, siguiendo la actual carretera (que coincide bastante con la antigua vía XXIII), salir por el otro *iugum*; el de Los Santos de Maimona, a otra espléndida, llana y fértil vega, la de la Tierra de Barros y el valle del Guadiana. Todo lo que nos queda al Oeste y al Sur de esas dos "rayas", todo lo que vertebran la cuencas de los ríos Ardila y Múrtiga, es espléndidamente diferente. Un paisaje salpicado de

suaves colinas, arroyos y dehesas verdes que en algunos momentos, de no ser por las manchas de encinas, recuerda al ambiente gallego, y el del Sur francés donde se asentaron sus remotos ancestros. Parece, en resumen, "tierra de celtas".

Antes de proseguir, creo conveniente aclarar que la epigrafía y la historia de la Beturia túrdula (de la que A. Rodríguez Díaz nos ha presentado aquí una completa introducción arqueológica) está siendo objeto de estudio detallado por el investigador alemán A.U. Stylow, ocupado desde hace años en coordinar el nuevo *CIL II*², labor que simultanea con el estudio del *conventus Cordubensis*; de su trabajo ha publicado ya algunos avances (cf. aquí nota final) Por ello, y para no duplicar esfuerzos, me he centrado para esta ocasión en la Beturia céltica, que es, en cualquier caso, la zona sobre la que me venía ya ocupando.

II. Migraciones y marco económico.

Desde hace muchos años, en los lejanos trabajos de Schulten, de Bosch Gimpera, de Schüle, se ha aludido al pastoreo, la trashumancia y, en general, la ganadería, como motivo principal de las oleadas célticas hacia la Península. Muchos protohistoriadores o historiadores se han limitado a constatar la presencia material de los celtíberos en el valle del Ebro o en las ricas necrópolis con armas de la Meseta, pero sin entrar mucho en la cuestión de por qué pasan los Pirineos, por qué se asientan precisamente en el valle del Ebro y otras zonas de Aragón, por qué se dispersan por zonas más amplias y por qué terminan bajando hacia el SO., estableciéndose primero en el Bajo Alemejeo y por último en la Baeturia.

Trabajos recientes y muy autorizados, como los de M. Almagro Gorbea desde la Prehistoria, y J. Gómez Pantoja desde la Historia romana, que sí se han planteado la importante pregunta de por qué se movilizan pueblos enteros, han apuntado aún a la ganadería y la trashumancia como causa primaria de estos movimientos. En la última, extensa y autorizada síntesis, publicada por M. Almagro en el imponente catálogo de la exposición de *I Celti* (Milán 1991, 391),

Almagro Gorbea habla de "la creciente presión demográfica, fruto de innovaciones agropastorales y de la extensión de la cría de ovejas en trashumancia estacional..."; la concentración de riqueza y poder en manos de los grupos que controlaban los pastos estivales habría, según Almagro, favorecido la aparición de castas guerreras, a resultas de la conflictividad conectada con las actividades trashumantes. Esta hipótesis es correcta, pero no explica, ya que la cría de ovejas y la trashumancia son mucho más antiguas, por qué este fenómeno del control de los pastos, y sus consecuencias para la jerarquización social, no se producen hasta la Edad del Hierro.

En efecto, hay que recordar que, hoy mismo, la Beturia es muy buena zona de ganados: cerdos, vacas, ovejas y cabras, burros, mulas, así como, en menor medida, los caballos. No en balde las ferias ganaderas de Zafra, documentadas ya desde la Edad Media, son de las más famosas de España, y puede que así fuera también en la Antigüedad. Allí se comercializan los ganados de toda esta zona extremeña (que pastan en sus interminables colinas, plantadas, hoy como ayer, de encinares) y sus productos secundarios, tales como embutidos, cueros o los tejidos a partir de las lanas. Tal era también, según los autores antiguos, uno de los factores de riqueza de los pueblos celtíberos, pero parece que la condiciones de buen clima, gran cantidad de agua y de pastos que se dan en esta zona, incluso hoy, no harían obligada la actividad trashumante.

La agricultura debió ser de carácter primario, para el sustento propio y no excedentaria. A estas actividades agrícolas debieron contribuir fundamentalmente los enormes acuíferos, la riqueza de aguas de excelente calidad, en innumerables manantiales, arroyos y riberas que surcan la Beturia céltica. D. Antonio Ponz, en su célebre "Viaje" de 1784, al comenzar a hablar de Extremadura (t. VII y VIII), dice que "muchos suponen que toda ella está destinada sólo a dehesas, cotos y rebaños".

Creo que merece la pena recordar a Ponz. Aparte de descubrir en el sur de Badajoz muchas excelencias artísticas (junto a cantidad de testimonios epigráficos que su curiosidad y la de sus superiores le llevaron a copiar), se hace lenguas sobre la riqueza y "frondosidad" de

los pueblos de la Beturia (aunque él, naturalmente, no los identifica por ese nombre). Frases como "es infinita la caza de conejos, liebres y perdices... son intransitables en tiempo lluvioso por los muchos arroyos... "(entrando desde Badajoz), "pueblos deliciosísimos, llenos de huertas, fuentes, olivares, castañares, viñas, frutales" (Valle de Matamoros y Santa Ana), "término fecundísimo, de más de 200 dehesas, pocas tierras de labor... entre ella y sus aldeas 366 fuentes, de aguas todas exquisitas y saludables..." (Jerez de los Caballeros); "sitios frondosísimos, con mucha agua de pie, es una delicia caminar por dicho territorio, todo cubierto de árboles, todo lleno de verdor" (Frexenal); "viñas, huertas, olivares... la misma benéfica tierra y manantiales... mucha caza..." (de Frexenal a La Higuera); "huertos, abundantes aguas y bastante frondosidad" (Segura de León); "no son menos en número ni menos copiosas, las fuentes desde Arroyomolinos hasta Cala", y otras *laudes* del mismo estilo.

Ponz, sin embargo, recuerda los airados alegatos (1765) del padre Sarmiento contra la Mesta, y cómo era causa, junto con la peste de 1348, de que continuara la falta de agricultura y, con ella, la despoblación de Extremadura, aún terrible a fines del siglo XVIII. Y, efectivamente, hay que pensar en una mayor intensidad de la agricultura en época romana, a juzgar por los muchos sitios pequeños, con material cerámico, que evidencian el tipo de población dispersa en pequeños núcleos o aldeas. Esta evidencia arqueológica coincide admirablemente con el testimonio de Polibio, siglo II a.C., recogido y complementado por Estrabón: Que los célticos vivían al N. de los turdetanos, y que la convivencia prolongada les había hecho más dulces y civilizados (Polibio en Estrabón 3, 2, 15), "pero no en el aspecto urbano", pues gustaban de seguir viviendo en poblados y caseríos, evitando las grandes ciudades al modo turdetano (Estrabón, cit.). El testimonio, pues, de época de Augusto, apunta aún a la existencia de un poblamiento disperso, poblamiento que se debe poder explicar también por los tipos de explotación económica.

Conclusión de estas consideraciones es que en la Beturia se daban condiciones para una agricultura de subsistencia, y muy buenas para la práctica de la caza; que el pastoreo y la ganadería en general debieron ser uno de los factores que coadyuvaron al asentamiento aquí del

pueblo céltico, mientras que el clima y la riqueza acuífera no harían pensar tanto en la necesidad de la trashumancia. Pero quizá la ganadería y el pastoreo, para la que también se dan condiciones favorables en el Alemtejo portugués, no fueran motivo suficiente para explicar la migración de pueblos originalmente celtíberos, en torno al siglo V a.C. posiblemente, desde el O. al E. del río Anas.

III. El "*ferrum Baeticum*".

Creo, en efecto, que el factor que falta en la consideración de los motivos económicos debe ser precisamente la minería del hierro. De hecho, éste es el dato que ilumina la definición estraboniana (3, 2, 3): "Las regiones que tienen minas son por lógica ásperas y más bien pobres... Y tal es la naturaleza también de la Beturia, que tiene árido el territorio¹ en la parte que presenta al Anas". Es curioso que con esta definición, no haya sido objeto de investigación la minería de que se trataba. Hay que aclarar asimismo que la "aridez" a que se refiere Estrabón, como muy bien supo ver el gran Adolf Schulten (*Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica II*, 1963, 235) se debía a las continuas talas de árboles en el entorno de las fundiciones, para su utilización como combustible.

En efecto, al NO. y al O. del Guadalquivir, la tierra ofrecía un aspecto más rojizo y torturado, y, frente a la rica fertilidad del valle bético, las cosechas de aquellas zonas eran metalúrgicas: Un arco o diadema minera que iba, casi sin interrupción y cambiando de minerales, desde Huelva a Riotinto hasta la túrdula Almadén y la oretana Cástulo, terminando en el núcleo Mazarrón-Cartagena-Almería. Dentro de este arco encaja bien la Beturia, como puede verse en el mapa metalogenético más reciente de la zona (fig. 2).

Puede apreciarse cómo, desde el punto de vista geo-minero, al S. de la Beturia, a la altura de Minas de Cala, se produce la frontera con la rica minería cupro-férrica del complejo de Riotinto, situado ya al Sur.

1. La palabra griega πεδίων es usualmente traducida como "llanuras". Sin embargo, tiene también otras dos acepciones, como "distrito, término" y como "campo, tierras cultivadas". Por razones topográficas, parece que aquí se debe preferir la acepción que tomo, ya que es evidente que se trata de una región suavemente montañosa.

En cuanto a la zona oriental, el importante cabalgamiento geológico conocido como "de Ossa-Morena" divide nítidamente dos comarcas: la del predominio del hierro y la del predominio del plomo. Pues bien, esta falla geológica, que de manera categórica separa dos tipos de minería, viene en mi opinión a coincidir, no sólo aproximadamente con el trazado de la vía XXIII, sino también, y casi con precisión, con la divisoria judicial y étnica entre los célticos y los túrdulos.

De tal forma, esta consideración geológica viene a darnos una explicación histórica sobre la división de una misma comarca geográfica. La Beturia, entre dos etnias, los célticos y los túrdulos, con una razón que sólo puede ser la minería y la metalurgia de dichos metales. Tal división puede muy bien explicarse si entendemos que los célticos estaban especializados en la explotación, fundición y trabajo del mineral de hierro (y en menor cuantía el cobre), mientras que los túrdulos harían lo propio con respecto al plomo, la plata y, naturalmente, el cinabrio-mercurio. Estas cuestiones, que cito aquí muy sintéticamente, son debidamente expuestas en un extenso trabajo en elaboración ("*La Beturia céltica: Problemas y soluciones*").

Dejo ahora aparte, por las razones dichas, la cuestión de la minería túrdula. En cuanto a los célticos, cabe recordar que su especialización no tiene mejor causa sino la herencia de la maestría alcanzada por sus antepasados, los celtíberos, en las explotaciones correspondientes a la zona E. de Aragón-O. de Cataluña, especialmente los ricos yacimientos del Moncayo y de Ojos-Negros, por donde primero entran los emigrantes hallstáticos, hacia el 700 a.C., con los primeros utensilios de hierro y las técnicas y secretos de su fabricación. Secretos a los que debieron sin duda la amplia aceptación de su armamento y su condición de mercenarios por excelencia, tópicos estos últimos bien conocidos en la Historia Antigua a través de diversas citas literarias, especialmente de Polibio, Diodoro (de Poseidonio), Filón o, naturalmente, Marcial, entre otros.

En este punto de los secretos, me interesa recordar que los elogios para el acero templado en la *Bilbilis* aragonesa se debían, según creencia antigua, a la calidad de las aguas del río Jalón. Así lo dice expresamente Plinio (NH 34, 144): *Summa autem differentia in*

aqua, cui subinde candens (ferrum) inmergitur; haec alibi atque alibi utilior nobilitavit loca gloria ferri, sicuti Bilbilim in Hispania et Turiassonem, Comum in Italia, cum ferraria in iis locis non sint. No sería extraño que, del mismo modo, las aguas del río Ardila, en torno al cual se sitúan las más importantes ciudades célticas de la Beturia, debido a su fuerte carbonatación, tuvieran esta misma cualidad atribuida al Jalón, aunque por el momento no he podido efectuar los correspondientes estudios sobre ello.

Interesa ahora traer a colación otro mapa (fig. 3) que expresa, también sintéticamente, las reservas actuales de minerales de hierro en España (bajo distintas formas: magnetitas, hematites rojos y pardos, sideritas o dentro de piritas y calcopiritas, etc.). Para analizarlo, hay que tener en cuenta que las posibilidades de explotación actual y los criterios de rentabilidad son ahora muy distintos que en la Antigüedad. No obstante, es curioso para el historiador ver de qué zonas se trata, porque son prácticamente las mismas señaladas para la época romana: Los yacimientos de Bilbao-Cantabria y Galicia-León (que para explotación no son viables antes del siglo I d.C.), la gran zona celtibérica (del borde de Palencia hasta Teruel-Valencia) y los puntos aislados dentro de Andalucía.

De estos últimos son llamativos aquéllos de la serranía de Málaga-Cádiz, porque coincidirían precisamente con algunas ciudades célticas de la Bética mencionadas por Plinio en su lista intermedia ya citada, por ejemplo, *Acinippo* y *Arunda*, por donde vendríamos a sospechar que algunos contingentes de célticos se asientan allí con el mismo motivo, y tendríamos a la vez una pista para la localización de otras ciudades de la lista, como *Lastigi* o *Serippo*. Del mapa que presento², como se verá, faltan los yacimientos catalanes (que sabemos comenzó a explotar Catón en el 195 a.C.) y los de Sagunto (cuya industria siderúrgica fue hace pocos años "reconvertida"), que dieron a su cabo marítimo el expresivo nombre de *Ferraria* (P. Mela 2, 91, 125); su no

2. Este mapa y el siguiente proceden del Programa Sectorial del Hierro, hecho por el Instituto Geológico y Minero en 1966, y ha sido recogido en el libro *La Minería en Extremadura*, Madrid 1987, 95, de donde lo tomo. Agradezco a la Consejería de Industria y Energía de la Junta de Extremadura sus orientaciones, así como el obsequio que me hizo, en 1991, de este interesante libro, de tanta utilidad para los presentes estudios.

aparición en el mapa seguramente se debe a estar agotados o a ser su explotación poco rentable en nuestra época.

Con el nº IV aparece la provincia metalogénica del hierro del Suroeste, también llamada Reserva del Suroeste (fig. 4), con 15.697, 67 Km², que abarca, desde el punto de vista geo-minero, justamente todo el SO. de Badajoz (nuestra Beturia) hasta el NO. de la provincia de Sevilla (área Constantina-Cazalla-Villanueva del Río y Minas) y, por el O., pasando al otro lado del Guadiana, hasta Elvas y Estremoz (zonas ambas que, sin embargo, no corresponden ya a la Beturia). Con referencia a los yacimientos férricos concretos, que pueden verse en el mapa metalogénico (y en el cuadro de la p. 96 del libro citado en n. 2), según los sondeos por magnetometría terrestre y el número de estaciones detectadas (nada menos que 28.316), destacan los que se encuentran en los términos de Jerez de los Caballeros (Valle de Santa Ana, Valle de Matamoros, Oliva de la Frontera, Zahinos), Burguillos del Cerro (Valverde de Burguillos), Fregenal de la Sierra, Higuera la Real, Los Santos de Maimona-Zafra-Medina de las Torres y Monesterio, llegando hasta Cala y Encinasola, ambas en Huelva, en estos últimos casos, junto con el de Medina, combinados con yacimientos cupríferos. Destaca la excelente ley de hierro obtenida en la mina "Monchi", del término de Burguillos, que alcanza el 66-67%, o la mina "La Bóveda", término de Jerez con un 43,89%. Una de las conclusiones del citado estudio geo-minero es que "está fuera de duda el importante potencial existente en Extremadura de minerales de hierro...sin embargo, queda muy disminuído hoy día por dos causas de muy difícil solución... el alto contenido en álcalis... y las condiciones del mercado internacional..." (*op.cit.*, 100).

El resultado de estas investigaciones, a las que me encaminé buscando otras posibles fuentes de atracción migratoria y de riqueza para el área, al margen de la ganadería y el pastoreo, no ha podido ser más satisfactorio: No sólo me venían a coincidir los principales núcleos mineros con las ciudades citadas por Plinio entre las de la Beturia Céltica, sino que prácticamente de todas ellas podía contar, ya que en casi ningún caso con excavaciones arqueológicas, sí con un material epigráfico interesante, a veces sorprendente y, como veremos, bastante numeroso y explícito. Y también son estos resultados los que

me llevan a sugerir que estemos ante un auténtico distrito minero, definido desde al menos el siglo V a.C. y como tal considerado en época romana, y de ahí la denominación que sugiero de *ferrum Baeticum*. Antes de abandonar el capítulo de la minería, no quisiera dejar de hacer mención de otra fuente de recursos: la reserva de granito es también de las más grandes de España, y casi hay la tentación de decir que es ésta la piedra que acompaña a los territorios célticos, ya que "las mineralizaciones de hierro están relacionadas con las zonas de contacto de rocas graníticas intermedias y horizontes carbonatados cámbricos, situándose en las zonas de skarn o en las mismas calizas, e incluso dentro de la roca ígnea" (op. cit. 95). Aunque el granito está más repartido en otras zonas de Extremadura, destaca el conjunto de Burguillos del Cerro-Valencia del Ventoso-Monesterio (que llega hasta Fregenal y Jerez de los Caballeros). Concretamente, los granitos del batolito de Burguillos alcanzan en el mercado, hoy, cierto valor ornamental, los denominados "Negro Ochoavo", "Negro Badajoz" y "Rosa Grabasa". En la misma obra citada se concluye que "las posibilidades en cuanto al potencial productivo de este tipo de roca ornamental son excepcionales en Extremadura..." (op. cit., 178). No es de extrañar, pues, que el granito aparezca con tanta frecuencia en los materiales constructivos de época romana, como he podido comprobar en mi prospección de 1992.

Y, por otra parte, hay que sumar las canteras de mármol ornamental, muy especialmente las de Alconera (que tuve ocasión de estudiar hace ya dieciocho años, cuando comencé los estudios de los mármoles de la Hispania romana, *AEspA* 50-51, 1977-1978), así como los afloramientos de Burguillos del Cerro. El área de Alconera es una de las reservas más valiosas de España, y desde luego la mejor de Extremadura. Pertenece también al dominio de Ossa-Morena, y hoy en día sus principales variedades están aún en el mercado, con los tipos rojo-violáceos "Rojo Alconera", "Sovacoli" y "Coral". Los tipos blancos aparecen todos ellos veteados de colores crema, rojizo, verdoso o grisáceo, con algunos filones superiores blancos y grises, pero éstos no se están extrayendo hoy como hace unos años.

En cuanto al mármol de Burguillos, se trata de una variedad blanco-grisácea, de grano más bien medio-grueso, que hoy no se aprovecha

de forma industrial, pero que constituye, junto con las variedades de Alconera, el material de buena parte de los epígrafes y otras piezas romanas del área betúrica. Dado que se trata de ciudades muy romanizadas, estas canteras debieron jugar un papel interesante en su mejor época, y debieron aportar otra fuente de riqueza a las ciudades donde se explotaba. Véase, pues, cómo la minería saca a la luz una nueva definición para una comarca en sombras, que espero sea útil para futuras investigaciones históricas y arqueológicas.

Por último, ya me referí más arriba a los recursos hídricos notabilísimos, no sólo en cantidad sino seguramente en calidad, de la Beturia, incluyendo aguas de tipo medicinal, balnearios y zonas sagradas, lo que se delata por el número interesante de dedicaciones a divinidades acuáticas y por los cultos de Apolo y Diana.

Por otro lado, todas las zonas mineras son propias para los cultos de ultratumba, y efectivamente, era *Arucci-Turobriga*, geográficamente dentro de la Beturia, el núcleo originario del culto de *Ataecina*, con connotaciones "célticas" y una amplísima extensión del mismo en un radio considerable, mientras que el culto de *Endovellicus* se configura, también en el dominio de lo subterráneo, pero con un carácter más "lusitano". Pero con esta última consideración entramos ya de lleno en el campo de la epigrafía.

IV. El catálogo de la epigrafía de la Beturia Céltica española.

Comencé este catálogo de manera más informal, ya que se me había encargado para estas Jornadas transmitir una imagen de la Beturia que arrancara de los datos epigráficos. Sin embargo, su número y cualidad fueron exigiendo un trabajo de búsqueda, documentación y tratamiento más riguroso, ya que, en muchos de los casos, las piezas no habían sido vueltas a tocar desde su primera publicación, en ocasiones hace cien y más años, y había problemas con las lecturas, las medidas, los materiales o los lugares actuales de conservación.

De esta forma, he llegado, sumando las portuguesas, a reunir hasta

180 inscripciones. Lo que, automáticamente, hacía inviable ofrecerlas, ni siquiera telegráficamente, en el marco de estas Actas, y por ello el catálogo completo será objeto de una publicación independiente. Pero voy a ofrecer a continuación un resumen de lo más interesante de cada una de las ciudades. Antes de ello, me parece de interés hacer unas consideraciones generales:

- La atribución de las ciudades antiguas a las modernas es la que he hecho basándome en distintos argumentos, casi todos ellos epigráficos y filológicos que aquí no puedo explicar en detalle. Se encuentran reflejados en conjunto en el mapa que acompaño.

- La falta de excavaciones arqueológicas en el interior de los yacimientos antiguos en casi todos los casos (excepto Fregenal = *Nertobriga*), explica la ausencia de algunos tipos de textos que son muy importantes para la historia de una ciudad romana: son por ello proporcionalmente escasas las inscripciones de culto oficial, imperiales y de las élites administrativas, pero en absoluto debe tomarse como indicio de pobreza en el primer sentido.

- A la inversa, puesto que la mayor parte de los hallazgos, casuales, se han producido durante labores agrícolas, la mayoría de las inscripciones son de carácter funerario, procedentes de necrópolis urbanas o fundanas, y destacan también, como dije, las de tipo votivo.

- El índice de piezas aparentemente perdidas es por desgracia elevadísimo. El Museo Arqueológico de Badajoz, por poner un ejemplo, no conserva más allá de seis o siete inscripciones del área, puesto que las perdidas lo fueron ya hace muchos años. En el Museo Arqueológico Nacional se conservan otras ocho. Otras deben estar aún, ocultas por obras posteriores, en los muros de iglesias, conventos o cortijos. Y varias también en casas particulares, de dueños distintos a los consignados inicialmente y cuyo rastro se ha evaporado.

- Podíamos esperar de los datos epigráficos, aparte de lo dicho, cierto rastro antroponímico céltico, junto a otra antroponimia fuertemente romanizada, debido a las ciudadanías *viritim* y colectivas, en la que aparecieran gentilicios de gobernadores y generales republicanos, especialmente *Iulius*, por la circunstancia de contar con cinco ciudades

con el estatuto de *municipia civium Romanorum* y con el epíteto de *Iulia*. Por la misma razón, la tribu de elección sería la *Galeria*.

Grosso modo, puedo decir que las inscripciones recopiladas confirman muy satisfactoriamente, e incluso más allá, las expectativas previas. Parto de la base de que Plinio sigue una combinación de listados sobre cuyos criterios no puedo detenerme ahora, además de un mapa topográfico. En el catálogo sigo, pues, el orden en que él cita las ciudades, y lo mismo haré en este avance-resumen.

SERIA FAMA IULIA

Estaba ya localizada con pocas dudas: en Jerez de los Caballeros, y seguramente, por los hallazgos, debajo del actual casco urbano. Hay, en efecto, un *Seriensis* y hay que añadir el parecido de los nombres, aparte de sus abundantes restos arqueológicos. Varias de las inscripciones se encontraron embutidas en sus murallas medievales.

- Colecté de ella 28 inscripciones (23 de Jerez, 1 de Oliva de la Frontera y 4 de Valle de Santa Ana).
- Culto imperial: *Salus Augusta* y *Lares Augusti*.
- Un flamen provincial (en Córdoba), de la gens *Octavia*, que se llama *Seriensis Iuliensis*.
- Un soldado en la legión X, con cognomen céltico, de época julio-claudia.
- Dos *incolae*: *Ceretanus* y *Lacimurgensis*.
- Familias destacables: *Annia*, *Aufustia*, *Aurelia*, *Helvia*, *Iulia* y *Vibia*.
- Tribu *Galeria*.
- Buenas aras, con un tipo propio.
- La mayor parte funerarias.
- Pervivencia en época visigoda, con testimonio de epígrafes y mención de una iglesia, la de Santa María.
- El núcleo urbano debe estar bajo la propia ciudad actual, donde no se ha excavado; son hallazgos ocasionales.

NERTOBRIGA CONCORDIA IULIA

La segunda bien localizada, cerca de la actual Fregenal de la Sierra, en el recientemente excavado yacimiento de Valera la Vieja, aunque existen otros núcleos, de posibles *vici*, en las proximidades, como el yacimiento de sugestivo nombre de "Los Palacios de Santa Julia". Muy notables sus restos arqueológicos.

- 20 epígrafes (18 de Valera la Vieja, 1 de Higuera la Real, 1 de Cumbres Mayores).
- Nombre romano perfectamente atestiguado, uno en la propia ciudad, dedicado a su *Genius*, por una *Octavia* (hoy en el M.A.N.), y otro en Frascati (Italia).
- 2 menciones de origo *Nertobrigensis* en la ciudad, y cinco en soldados, fallecidos en *Germania*.
- Culto imperial: una sacerdotisa de la emperatriz, seguramente Livia.
- Culto: *Mars Sag* (*¿arius?*) y *Venus*.
- Cinco legionarios de época claudiana, en *Germania*, de la legión IIII Macedónica.
- Único ejemplo en la Beturia de estela con signario meridional, la de Capote, de la *gens Orta-Auna*, "los del martillo".
- Familias relevantes: *Antistia*, *Asinia*, *Camuria*, *Claudia*, *Domitia*, *Petreia*, *Pomponia*, *Trebonia* y *Vibia*.
- Pervivencia visigoda, con un abad, así como restos árabes.

SEGIDA RESTITUTA IULIA

Se la ha puesto habitualmente en Zafra, donde había una *Segedensis*; luego se la situó en Cala de Huelva, por una pieza interpolada donde vendría la ciudad con sus epítetos. Incluso, hace poco, se la trató de trasladar fuera de la Beturia, hasta Gerena, de Sevilla, declarando antes falsa la inscripción de Cala. Creo que no es así. Tenemos en Burguillos del Cerro, un término nunca bien

explorado, una notabilísima ciudad, muchos restos de núcleos próximos y muchas inscripciones, con testimonio de tribu y duoviros, mucho hierro, granito de excelente calidad y una, al menos, posible mención de su nombre. Propongo, pues, dejar la actual Cala como lugar de otro núcleo betúrico, y hacer la ecuación *Segida* = Burguillos del Cerro.

- 27 inscripciones colectadas.
- 7 votivas.
- Culto imperial: *Domus Divina* y un ara a César.
- Dioses: *Iuppiter, Diana, Dis Pater, Fontana*.
- Atestiguados duoviros y un circo.
- Tribu *Galeria* y un *incola* de la *Papiria*.
- Un soldado veterano de la legión II.
- Familias relevantes: *Aelia, Antonia, Cornelia, Flavia, Marcia, Pomponia, Rasticia, Vibia*.
- Pervivencia visigoda, con una posible *ecclesia Segedensis* (mediante relectura de una célebre cruz del siglo VI-VII en el M.A.N). La basílica se excavó a fines del siglo XIX.

UGULTUNIA CONTRIBUTA IULIA

Un caso difícil, pues aparecían *contributenses* en Fuente de Cantos y en Medina de las Torres, y duoviros en Zafra con testimonio de un circo (donde, sin embargo, como en Los Santos de Maimona, hay pocos restos romanos), lo que ha motivado confusión y diversas atribuciones, y recientemente dos sólo en Medina. Creo mejor, no obstante, primar el significado de su nombre romano, *Contributa*, es decir, "reunión" o "mancomunidad", y agrupar bajo esta ciudad lo que en principio pudo ser una pentápolis, dentro de la tradición celtibérica: Medina de las Torres-Zafra-Alconera-Fuente de Cantos y su frontera, Los Santos, donde sitúo la salida, el otro *iugum*, septentrional, de la Beturia. De esta forma se conjugan bien todos los indicios dispersos.

Por otro lado, su nombre indígena³, *Ugul-dunia (-dunum)*, viene a significar "la altura de las dos vertientes, del *divergium aquae*", y a esto precisamente se adecuía geográficamente su enclave, sobre el cabalgamiento geológico de Ossa-Morena que cité más arriba (cf. *supra* par. III) y en la divisoria de aguas entre los afluentes del Guadiana (hacia el N. y el O.). Bajo estos presupuestos, tiene en el catálogo:

- 29 inscripciones
- Nombre romano bien certificado, a través de: *M(unicipium) C(ontributa) I(ulia)* o *patria Contributensis, Contributensis, etc.*
- Siete votivas, entre ellas a *Iuppiter, Salus*.
- Un flaminial de la Bética y dos seviros augustales.
- Atestiguado un circo, posiblemente en Zafra.
- Numerosas familias: *Annia, Appuleia, Asellia, Caesia, Fabia, Iulia, Larinia, Licinia, Lucretia, Lucullia, Manlia, Maria, Petronia, Servenia, Titinia, Tullia y Varinia*.
- Familias senatoriales y ecuestres: *Pompeius Sossius Priscus, Didii Severini, Varinia Flacilla* (hija del flaminial y posible senatorial a su vez *Varinius Pietas*), en el siglo III, la dedicante de la conocida lápida de Alange.
- *Incolae*: dos *Emeritenses*, una *Igaeditana*, un *Romulensis*.
- Tribu *Galeria*.
- Pervivencia visigoda.
- La ciudad está repartida en varios yacimientos, mayores y menores, en su entorno, prácticamente todos sin excavar.

LACIMURGA CONSTANTIA IULIA

Ciudad sin localizar con exactitud, o más bien localizada siempre, en mi opinión erróneamente (*Gerión* 7, 1989), donde su homónima vetona y lusitana, la *Lacimurga* sin epítetos del "petrón⁴" de

3 Agradezco al Dr. M. Pérez Rojas sus sugerencias en estas traducciones.

4. O "padrón" = "lápida que recuerda un suceso". Curiosamente, ésta es la acepción 3ª de esta palabra en el Diccionario de la Lengua Española (ed. 1993). Y de hecho, poco al Norte del yacimiento, en el paraje de Mojongordo, aparecieron dos importantes hitos terminales.

Cogolludo, junto al actual embalse de Orellana. La ciudad privilegiada debe estar más bien en el área propia de la Beturia, y lo difícil es situarla. Propongo la ecuación *Lacimurga* = Encinasola, Huelva. Aunque actualmente en otra provincia, está en el área que tratamos, con sus correspondientes zonas mineras y buenos yacimientos, especialmente el de San Sixto. Por otra parte, allí hay un *Lacimurgensis* documentado. Y, para mí un buen argumento es el topónimo: *Laci-murga* viene a ser, en céltico, "la frontera de la hondonada" (v. *Murgi*, actual Dalías, prov. de Almería, que era la frontera oriental de Bética, o *muga*, término vasco para "frontera", aplicado especialmente a los Pirineos). Y, en efecto, a pocos kilómetros de Encinasola está la frontera portuguesa, que lo es también geográfica, y la primera ciudad que encontramos tiene por nombre "Barrancos". Una visita en 1994 confirma el lugar como un progresivo acentuamiento de la cadena montañosa, y en el término entran los ríos Múrtiga y Ardila, cada vez más encajonados entre hermosos desfiladeros, que para mí justifican la ecuación, sujeta a toda clase de debates, *Lacimurga*-Encinasola. Tampoco se ha excavado nunca, aunque se prospectó hace unos años (J. M. Luzón, "Antigüedades romanas de Huelva", *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*, Madrid 1975), como ciudad de nombre desconocido. Sumé de ella:

- 7 inscripciones
- Mención de origen *Lacimurgensis*
- Inscripción a Augusto, del año 7-8 d.C.
- Noticias de un arco triunfal de Trajano en el centro del pueblo.
- Familia más conocida: *Baebia*
- Tribu *Galeria*
- Aparecen glandes de Q. *Sertorius* como procónsul.
- *Incola*: un ...*sit(anus)*.

CURIGA

Está localizada en los itinerarios sobre la vía XXIII, en el término del actual Monesterio, pero se ignora el lugar preciso de la ciudad antigua

que, no obstante, no debe estar lejos. Debía ser ciudad (la existencia de un *pagus Suburbanus* así lo indica) peregrina y, en época flavia, con tribu distinta (la *Quirina*), debió ser sumada a la *contributio* de *Ugultunia*, pero dudo que manteniendo una identidad municipal, porque la célebre inscripción de la *mutatio oppidi* parece comenzar por la palabra *Iulienses*. En esta misma inscripción he propuesto un cambio de lectura: *pagus Transiuganus* en vez del tradicional *Translucanus*, debido a la concreta situación topográfica de Monesterio: Al venir de Sevilla comienza una larga subida, donde existen una cadena de alturas cuyo paso natural es por Monesterio: desde allí hay una vista incomparable del valle del Guadalquivir. Creo, pues, que estos dos *pagi* sería aldeas dependientes, al atravesar lo que podríamos llamar el *iugum Baeticum* meridional (el septentrional, como dije antes, está en el paso de Los Santos de Maimona). A fines del siglo II, en cambio, *Curiga* aparece ya independiente, como *res publica Curigensium*. Tampoco se ha excavado nunca, hay poco material y además no *in situ*:

- Tres inscripciones
- Una de Septimio Severo y/o Caracala.
- Atestiguados *municipes et incolae*: época flavia
- De la misma época, dos *pagi*: *Transiuganus* y *Suburbanus*.
- Documentados *decuriones* y *res publica*, pero a fines del siglo II d. C. o comienzos del III.
- Tribu *Quirina*.
- *Gentes*: *Denea* y *Antistia*.

SIARUM FORTUNALIUM

Ésta es la ciudad pliniana que todos los autores, casi sin excepción, se han llevado al Sur del Guadalquivir y, con la reciente aparición de la internacionalmente célebre *tabula* de bronce con los honores de Germánico, patria aparente de la por ello llamada *tabula Siarensis*,

situándola en el yacimiento de La Cañada, cerca de El Coronil, en Sevilla. Pues bien, basándome en mi análisis del texto pliniano, creo que debe estar situada sin duda al Norte del río, en la Beturia. El problema es colocarla. Me llamó la atención, en el término de Montemolín, al NE de Monesterio y dentro aún de la cuenca del Ardila, casi en el límite con los túrdulos, una inscripción con un *duovir* de la tribu *Galeria* (por tanto no puede ser de *Emerita*). Cerca se habían encontrado dos hitos definiendo prados y límites del territorio perteneciente a una prefectura de Mérida que hace ya tiempo propuse fuera la *Mullicensis* (*Gerión* 7, 1989). Pues bien, exprimiendo uno de estos hitos, creo haber leído, en uno de ellos, que tiene una estructura igual al de Valdecaballeros (*praefectura Turgaliensis*): *Terminus. Augu/stalis. finis Em^β eritensis. inter/ S(iarenses). Fortunales*. Es casi una cuestión de fe, porque el hito está en muy mal estado, pero la S que comienza la lín. 4 es buena, y ahí queda la propuesta por si existen mejores soluciones. Planteo, pues, la ecuación *Siarum Fortunarium* = Montemolín. En todo caso, porque la lectura de esta pieza es muy difícil, sí creo que la ciudad hay que buscarla en la Beturia, al norte y no al sur del Guadalquivir, como se viene haciendo.

- 3 inscripciones (dos hitos y una funeraria)
- Atestiguado un *duovir quinquennalis* y *aedilis*.
- Tribu *Galeria*.
- Familia: *Norbana*
- *Prata* limítrofes de la colonia de Mérida

CALLET AENEANICORUM

La otra ciudad pendiente de situar, ya la quinta, es *Callet*, que en la frase de Plinio aparece... *Callensibus Aeneanici* ("y a los Callenses se les llama Eneánicos"). Numerosos autores no sólo la han situado junto a *Siarum*, es decir, al S. del Guadalquivir, sino que otros han defendido que la reduplicación era un error de Plinio, y que aquella sevillana era la única *Callet* a considerar. Creo que esto no sólo no es así, sino que

completa el panorama de cómo ha funcionado la romanización en esta zona. Por parecido toponímico, la mejor candidata es Cala-Minas de Cala, situadas en la hoy serranía y provincia de Huelva. Entonces hay que volver, para obtener más pistas, sobre los nombres mismos de la ciudad: *Callet* vale como "guardida, cueva" y, por extensión, "mina". En cuanto a *Aeneanici*, desde la antigüedad se viene entendiendo siempre como un epíteto cesariano, "alusivo a la ascendencia troyana de Julio César". Pero es raro que César usara ese epíteto, que no utilizó nunca más, para darlo a una pequeña ciudad céltica y serrana. Por ello me he planteado si *Aeneanici* podría significar también, y casi diría que en primer lugar, "bronceos, cupríferos" (de *a(h)eneus*, aunque *aeneanicus* como tal no está documentado). Existe un precioso paralelo, en Lusitania: *Medubrigenses qui Plumberii* (Plinio, *NH* IV, 22, 118).

Y, en efecto, Cala y sus minas se distinguen por combinar ambas minerías: la del hierro y, más especialmente, la del cobre. Propongo, pues, por todo ello, la ecuación *Callet* = Cala. En ella se han hecho prospecciones, pero nunca excavaciones sistemáticas.

- Sólo 1 inscripción, pero providencial, pues es de culto imperial y muy antigua: *Imp. Divo Augusto*. Es cierto que sobraría el *Imp.* inicial, pero tal error en ambientes provinciales tiene paralelos. Esta inscripción ha sido calificada de extrapolada (Hübner) y recientemente de falsa (J. González). Para mí el epígrafe es bueno en sus dos primeras líneas, habiéndose añadido las dos siguientes con la interesada mención de *Segida*, por cierto bastante mal hecha. Se documenta casualmente un falsario en Cala, que inventó un epígrafe con un *Viriatius belator*, lo que es muy buen indicio para apoyar que pudiera hacer también este añadido en un epígrafe bueno.

ARUCCI/TUROBRIGA (o TURIBRIGA)

Como dije al principio de mi intervención, no está propiamente entre las ciudades que Plinio considera betúricas, a pesar de situarse próxima, y entre los dos ríos, *Anas* y *Baetis*. Posiblemente no la citó antes por varias razones, entre ellas que no se dedicara a la industria

del hierro, que era aún sólo *civitas* en su época, o, más posiblemente, que no perteneciera al convento hispalense, sino al gaditano (problema este último en el que no puedo entrar ahora). Sin embargo, Plinio (aceptando mi reinterpretación de lectura) encabeza con ella la lista de las ciudades que están "en la Bética" y son "de origen céltico", y desde luego quizá sea de todas ellas, fuera de la Beturia, donde los elementos célticos son más apreciables.

He recogido también su epigrafía por dos motivos: Porque es interesante y porque fue el asiento de una ciudad-santuario (que creo *contributa* de *Arucci*), dedicada a un culto tan importante en Lusitania y en otras zonas de Extremadura como fue el de la *Domina Ataecina Turobrigensis*, que cuenta con epígrafes que en estos momentos me encuentro recopilando. Sobre su localización no hay problemas, aunque tampoco se ha excavado: *Arucci* en la actual Aroche, y *Turo/ibriga* en el yacimiento de la ermita de San Mamés, a pocos kilómetros. Cabe decir también que es difícil creer que en Moura se situara una *Arucci Nova*, tesis que con éxito ha seguido citándose. Tal lectura procede de una mala interpretación de un epígrafe de *Agrippina Maior* (para mí la *Minor*), extendida por Resende hace siglos. Pero al final de su lin. 3 debe desarrollarse *...matri Aug(usti) n(ostr)i/ civitas Aruccitana*, y no *N(ova)/ civitas Aruccitana*. La noticia más antigua es que "se encontró en la sierra de Aroche y se llevó a Moura de Portugal" (donde por cierto en cuya Cámara Municipal continúa). Su epigrafía fue recogida por Luzón en 1975, de forma deficiente, y luego por J. González en 1990. Se han hecho prospecciones en la zona, pero no las muy necesarias excavaciones.

- 16 inscripciones
- Votivas: *Mars Augustus*, *Apollo* y *Diana* (un templo).
- Imperiales: Una a *Agrippina Minor* (56-59 d.C.) y otra a Adriano.
- Mención posible de *municipium Turobrigense* (1) y de la *civitas Aruccitana* (1).
- Una *sacerdos turobrigensis*.
- Un procurator, quizá *metallorum*, de Nerva.

- Mención de orígenes: tres *turobrigenses*.
- *Incolae*: un *interamniensis* del seguramente próximo *castellum Gallaecum* (no "*interamnicus Bracarensis*", como se ha leído, cf. *HEp.* 3, 1991, 200), de la *Galeria*, y una *arabrigensis* (ciudades ambas que deben estar muy próximas a la zona de Aroche).
- Familias: *Baebia*, *Hostilia*, *Iunia*, *Iulia*, *Nertoria*, *Plotia* (como en Serpa), *Sertoria*, *Ulpia* y *Vibia*. También hay nombres célticos: *Segumarus*, *Talabarus*.

Corticata (Cortegana, Huelva)

Se trata de una pequeña ciudad próxima, seguramente *municipium Flavium*, de donde procede el fragmento de ley municipal flavia antes llamado *Italicense* (cf. *HEp.* 4, 1994, 466bis).

V. El catálogo de la Beturia Céltica portuguesa.

Resta sólo decir dos palabras de la zona y los epígrafes de la Beturia portuguesa. Los filones de hierro se van perdiendo hacia el O. y hacia el S., aunque hay algunos núcleos mineros de cobre y de hierro. Tengo recogidas las inscripciones hasta el Guadiana, hasta Moura y Vale de Carvão, donde el Ardila rinde su fértil curso en el *Anas* y donde, por tanto, terminaban la Bética y la Beturia. Los puntos con hallazgos epigráficos son los siguientes: Santo Aleixo da Restauração, Santo Amador, Belmeque, Portela de Belmeque, Santo Agostinho, San João Baptista, Vila Verde de Ficalho, San Pedro de Sobral de Adiça y Moura (todos ellos del distrito de Moura) y Aldea Nova de San Bento, Vale do Vargo, Pias, Brinches, Santa Iria y Serpa, del distrito de Serpa, todas ellas en las cuencas de los ríos Ardila o Múrtiga (Murtigão). Destacan por su número las de Moura-Vale de Vargo y Serpa; ésta es la única que conserva el nombre romano.

En total he recogido de toda esta zona 35 inscripciones. Las *gentes* representadas son *Annicia*, *Antistia*, *Asinia*, *Aurelia*, *Baebia*, *Fabia*,

Flavia, Geminia, Helvia, Iulia, Plotia, Pompeia, Ulpia y Valeria. Los *cognomina* y nombres únicos son en general latinos y algunos pocos, célticos. Los dioses representados son *Ataecina* (como *dea medica, dea sancta pia*), *Iuppiter* y *Mercurius*. Hay una sola inscripción imperial (un miliario a Adriano del 120 d.C.). Cinco menciones de *origo*, entre ellas una *Serpensis* y un *Turibrigensis*, y sólo dos inscripciones cristianas, entre ellas una mención de iglesia (*Lacaltensis*).

Se trata de un todo bastante homogéneo en relación con la Beturia hispana, excepto en la importancia y los grados de romanización: Los núcleos de asentamiento propiamente urbanos son pocos, y proliferan más los asentamientos rurales y las pequeñas y numerosas explotaciones agrícolas, con su pequeña necrópolis. Todo ello encaja muy bien con el paisaje y con la relativa escasez de epígrafes: Aquéllos que los hacen, están bastante romanizados. En relación con todo ello hay que destacar la ausencia en general de *servi* y *liberti*. Se diría que aquí se mantuvo mucho más puro el componente étnico céltico. Hay un tipo específico de *cuppa*, con cinchas en relieve, distintas de las *cuppae* del otro lado de la actual frontera.

VI. Epílogo.

Termino ya. Sé que lo ofrecido es una panorámica excesivamente resumida. No he podido entrar en detalles referentes a las cinco nuevas atribuciones de ciudades o a las teorías que propongo, o a cómo queda después de estos trabajos el panorama de la Beturia, siempre bajo mi óptica. Hora es ya de que lo aprecien en este sucinto mapa (fig. 5).

Es mucho lo que queda por comentar y por ajustar, pues lo que llamé al principio un "catálogo breve" creció, hasta alcanzar, como he dicho, las 180 entradas, y no tener tiempo material de abarcarlo en poco más de un mes. Comprendo que este trabajo debe ser leído con calma y debidamente diseccionado, junto con las próximas publicaciones que lo completan. Pero lo que sale a la luz es, una vez más, la importancia del análisis de los textos literarios, y la inigualable aportación que la Epigrafía hace siempre, o debería hacer si se hace con esa intención, a la Arqueología y, en general, a la Historia Antigua.

Con ambos datos, unidos a los aún pocos que nos proporciona la arqueología, vemos una zona bien definida geográficamente, rica y próspera, de emigrados que recorren, de Celtiberia a Lusitania, un largo camino, y dejan una estela, arqueológicamente reconocible, de su paso por la Meseta Central, llegando hasta *Salacia*, en el Océano. Luego de un tiempo en Lusitania, quizá aprovechando el vacío político de Tartessos, pasan el Guadiana, ya dominada la tecnología de ese metal tan olvidado muchas veces, pero tan indispensable, que es el hierro (Plinio le llama *optimo pessimoque vitae instrumentum*, "(el hierro es) instrumento útil para lo mejor y lo peor de la vida": cultivar los campos y matar a otros hombres), y se hacen los amos de los ricos filones betúricos, y templan en el Ardila mejor que nadie sus armas. En esta época, siglo V-IV a.C., mantienen cultos celtas tan claros como el del carro solar o el del viejo *Sucellus*, el dios del mazo y el vaso, que puede ser para mí el *Dis Pater* del guerrero de Medina de las Torres. Estaban en el paso de los estaños, y debían recibir sin problemas el material de comercio que llegara desde el S. y el N. No creo que tuvieran problema alguno durante la dominación cartaginesa, que debió respetarles en buena medida. Con Roma parecen tener, en general, también buenas relaciones, salvado el primer momento de choque.

Los celtíberos que se sitúan en la zona más próspera, en torno a los 500 m. de altitud, llena de manantiales, arroyos, ríos, terrenos cultivables y buenos pastos para su numeroso ganado, reciben pronto las influencias de Roma, son democráticos, se alinean siempre con los generales del partido popular, como Mario, Sertorio y César (estos últimos grandes conocedores de su lengua y su carácter), y se romanizan a gran velocidad. Parecen conservar tal cual sólo uno de sus cultos nacionales, el de *Ataecina*, y romanizan otros, como los de *Marte* y *Diana*, el *Dis Pater* o sus innumerables fuentes y ninfas, en santuarios romanizados como los de Capote o Corte de Messangil. Conservan también los nombres de sus ciudades, como nos dice Plinio, y seguramente muchos serían bilingües, aunque la lengua oficial fuera el latín.

Por su ayuda al partido cesariano, las cinco ciudades (otra vez la pentápolis) debieron recibir de César, en común, el privilegio de la ciudadanía *iure Quiritium*, ciudades *Iuliae* con hermosos epítetos, cuyo significado concreto en la mayoría de los casos se nos escapa

pero que deben tener relación con acontecimientos de las guerras pompeyanas. Se enrolan en las legiones desde el primer momento y visten la toga; votan todos en la prestigiosa tribu Galeria, y, en su onomástica, poquísimos son los rastros célticos que podemos seguir; sus nombres son los mismos de quienes aparecen en nuestros textos de la República y de la conquista: Asinios, Petreyos, Sertorios, Vibios, Antonios, Antistios... y Julios, muchos Julios. Algún *Medugenus*, algún *Abbicus* de primera época, testimonian epigráficamente su remoto origen. Esto indica que ya desde antes debieron estar recibiendo la ciudadanía *viritim*, por méritos de guerra. Mucho más tarde, familiares senatoriales o ecuestres, como los Pompeii Sosii Prisci, los Didios o los Fabios Turpiones, debieron tener, en la zona de Alconera, grandes propiedades.

Caso distinto es el de los célticos de las montañas: hay multitud de pequeñas aldeas y ciudades rústicas, que no están en primera fila en la cuenca del río Ardila, como debieron ser el principio los casos de *Siarum*, de *Callet* y de *Curiga*, que no parecen ser privilegiadas, aunque sí ricas (especialmente las dos primeras); otros viven en torno al Múrtiga y al Chanza, a ellos les llega la romanización sólo con los flavios, y con Trajano y Adriano, casi paisanos: *Corticata*, *Arabriga*, *Interamnus*... son algunos de sus nombres; y aquí sí se conservan los antropónimos célticos. Todos seguían viviendo del hierro y de la ganadería, pero quizá éstos son los que hacían el trabajo más duro, mientras las industrias de transformación, las artesanías y las buenas ferias ganaderas, el disfrute comercial del paso de la vía XXIII, de *Emerita* a *Hispalis*, seguirían reservados a los muy romanos, de ilustre pasado, betúricos de la zona baja.

Los datos colectados parecen indicar que decaen hacia finales del siglo II, o al menos eso nos dice la epigrafía, y no sabemos con precisión las razones. Creo que seguramente el agotamiento de los ricos barros kársticos de hierro, o el comienzo de la explotación minera de las potentes cuencas británicas, germanas e ilirias, o ambos factores a la vez, tuvieron que ver algo en ello. Es lo mismo, en definitiva, que aqueja a nuestra España de hoy...

Por aquí podía seguir *ad infinitum*, pero no quiero abusar más de

su paciencia. Lo que hemos dibujado entre todos los que hemos intervenido en este curso es un área fuertemente individualizada, e históricamente apasionante. Se abren aún muchas incógnitas, pero espero que sean ya menos, y que hayamos abierto expectativas de duro y feliz trabajo para otros investigadores. Creo que procede hacer un formal llamamiento, aunque sean malos los tiempos económicos, tanto a la Junta de Extremadura como a los responsables políticos y culturales de los distintos municipios de cuyas antiguas raíces y prosapia hemos tratado, para que colaboren, cada uno en la medida de sus posibilidades, en el esfuerzo común de su estudio. Algunos, como Burguillos del Cerro, ya está presto a ello. Pero quedan muchos otros, y es un estudio que especialmente para la época romana, la gran desconocida, no se debería retrasar más. Muchas gracias a todos.

Addendum.

Para la epigrafía, localización y estatuto de las ciudades de la *Baeturia* de los túrdulos cf. los siguientes trabajos de A.U. Stylow: "Beiträge zur lateinischen Epigraphik im Norden der Provinz Córdoba: I. Solia" (*MM* 27, 1986, 235-277), "id. II. Baedro, III. Mellaria", *MM* 28, 1987, 57-126; id., "El Municipium Flavium V(-) de Azuaga (Badajoz) y la municipalización de la *Baeturia Turdulorum*", *Studia Historica (Historia antigua)* IX, 1991, 11-27; id., *CIL* II2, fasc. 7 (*Conventus Cordubensis*), en prensa.

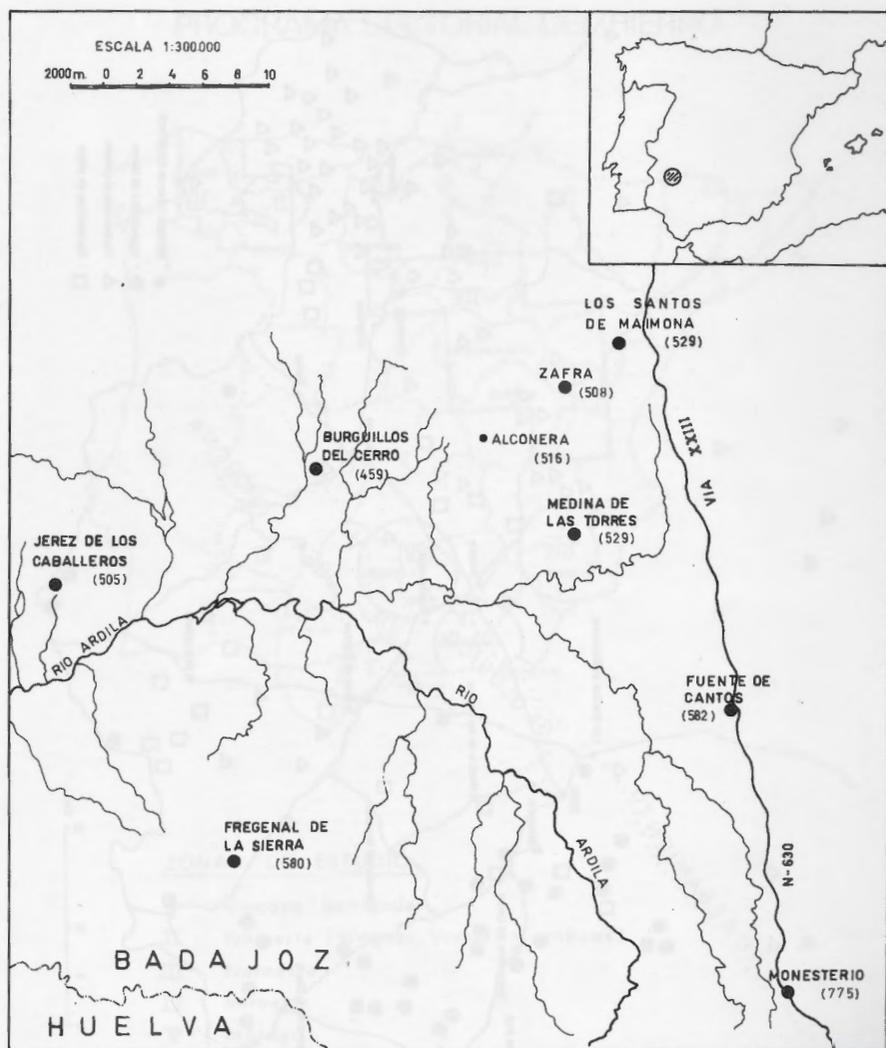


Fig. 1. La cuenca del río Ardila, vertebradora de los núcleos urbanos de la Beturia (éstos con sus alturas s.n.m.). Escala 1:300.000. Dibujo S. Luzón.

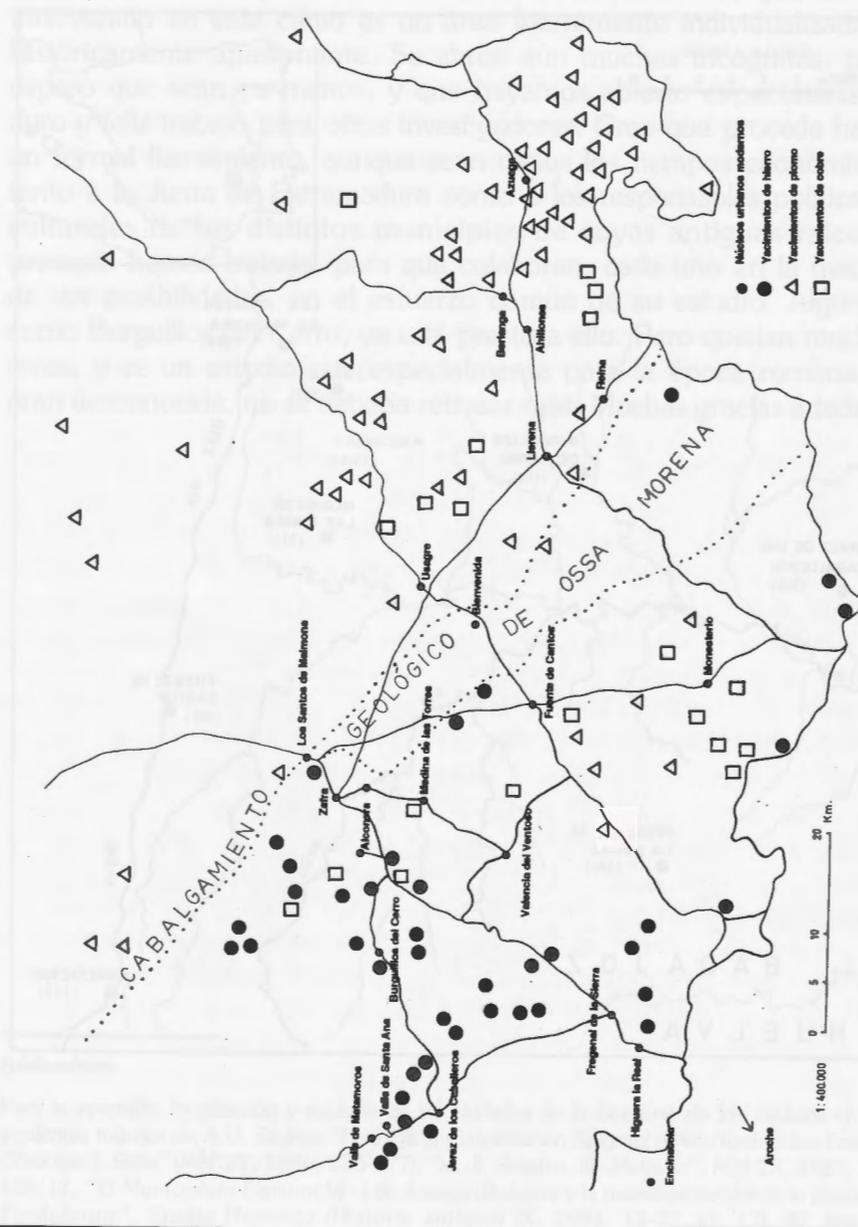


Fig. 2. Mapa de las principales minas del SO. de Badajoz, según el Mapa Previsor de Mineralizaciones de la Junta de Extremadura (1987)

PROGRAMA SECTORIAL DEL HIERRO



ZONAS DE ESTUDIO

- | | |
|------|---|
| I | Vizcaya - Santander |
| II | Noroeste (Wagner, Vivaldi y anexas) |
| III | Noroeste |
| IV | Suroeste |
| V | Málaga |
| VI | Granada - Almería |
| VII | Centro - Levante |
| VIII | Varios, con Murcia, Córdoba, Jaén, Asturias y otros |

Fig. 3. Zonas de España con producción férrica de interés, según el Programa Sectorial del Hierro del Ministerio de Industria

RESERVA DEL SUROESTE PARA MINERALES DE HIERRO DE HIERRO

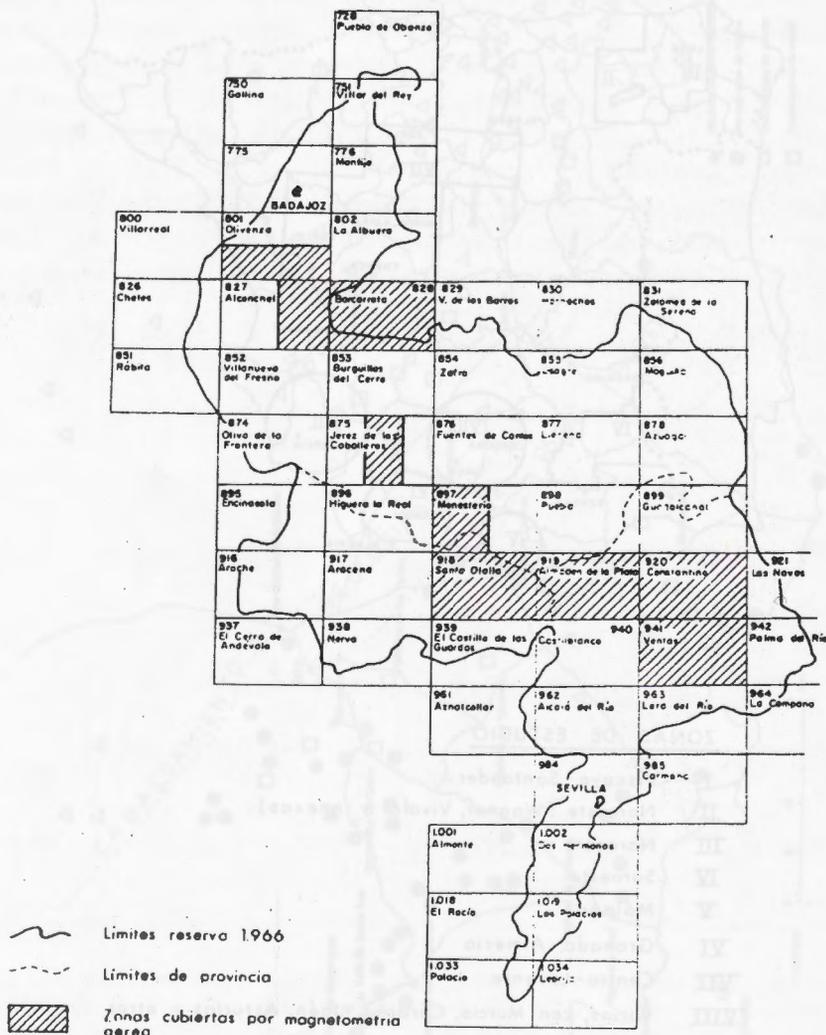


Fig. 4. La Reserva del Suroeste para minerales de hierro, según el Instituto Geológico y Minero (magnetometría de 1966).

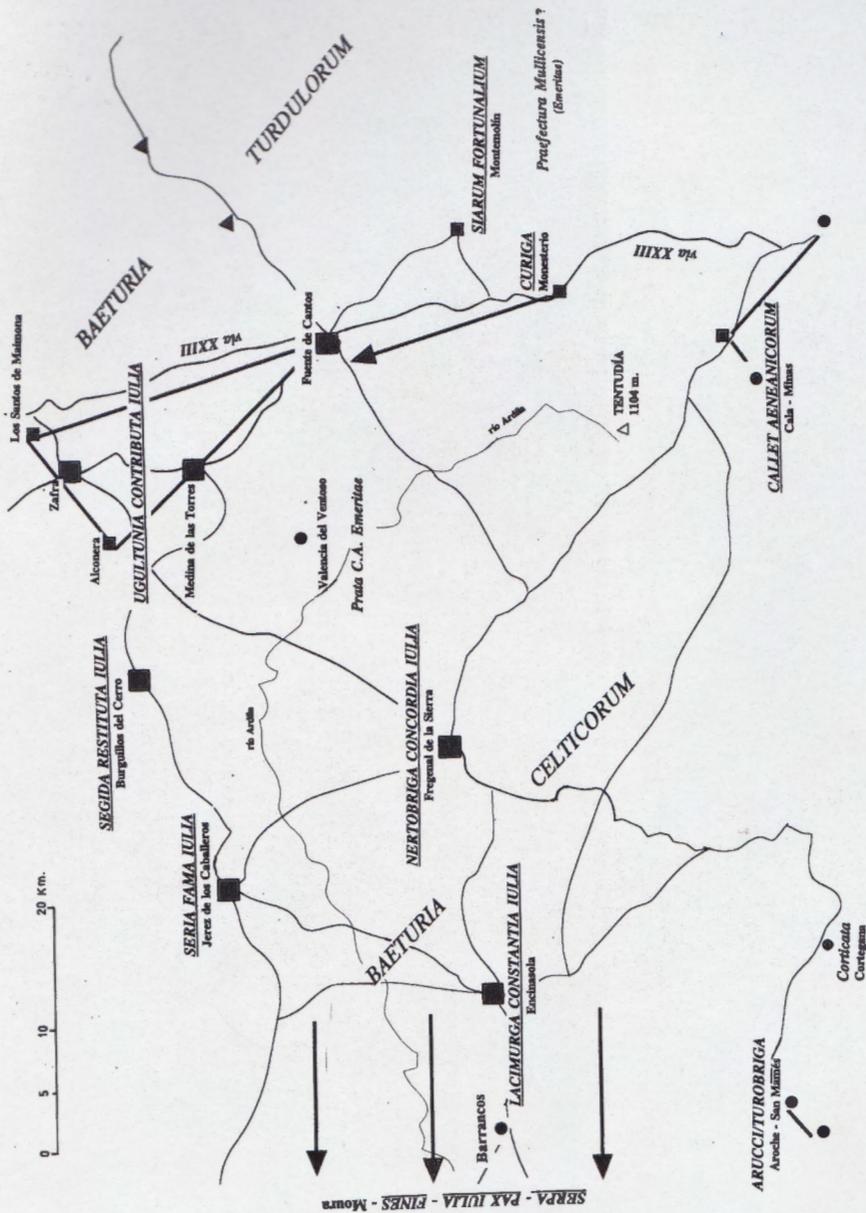


Fig. 5. Propuesta de atribución de las ciudades de la Beturia de los Célticos a diferentes municipios de Badajoz y Huelva.